

Viaje por Rusia

Théophile Gautier



En el invierno de 1858, Théophile Gautier, «el poeta impecable, el perfecto mago de las letras francesas y maestro y amigo» de Charles Baudelaire, se desprende de la «nostalgia azul» que siente por el Mediterráneo y se lanza al «vértigo del Norte», a la gran Rusia.

En pleno invierno, habiendo superado ya el trayecto que cruza Alemania, Gautier enlaza San Petersburgo con Moscú, dando lugar a las primeras muestras de la irresistible belleza de sus descripciones. Su visión pictórica —colorista y plástica— alcanza desde las extensas llanuras colmadas de nieve hasta la tregua que representan los salones de las estaciones de tren, con sus amplias cristaleras y plantas tropicales, puntos de encuentro en los que confluyen milagrosamente las distintas Rusias que conforman el imperio. Y así llegamos a Moscú, y así sentimos nosotros, los lectores, la fascinación y el desafío descriptivo que supuso para Gautier recorrer sus plazas y sus catedrales, y ante todo, el Kremlin.

La historia nos cuenta que Gautier no pudo o no supo adaptarse de nuevo a París. La llamada del «vértigo del Norte» le devuelve a Rusia en verano, y si antes la recorrió en ferrocarril, ahora es el río Volga quien le acompaña en su periplo. Si antes el murmullo del diablo del viaje le incitaba a visitar el Kremlin, ahora le guía hacia Nizhni-Nóvgorod, ciudad que albergaba en esos tiempos una importante feria que reunía toda clase de razas y dialectos; persas, siberianos, tártaros de Manchuria, armenios... a la espera de los chinos.

Prefacio

En Théophile Gautier (Tarbes, 1811-París, 1872) podemos seguir el itinerario de las letras francesas (y, en gran parte, de las europeas) desde el Romanticismo exaltado de 1830 hasta el impecable Parnasianismo de 1866. Desde la Joven Europa hasta la aparición de «lo moderno». Gautier es la literatura de ese núcleo central del siglo XIX que las convulsiones revolucionarias de 1848 dividen en dos mitades: la idealista y la positivista. Él mismo siguió una trayectoria vital y literaria que lo llevaría de la provocación antiburguesa (su famoso chaleco rojo en el tumultuoso estreno el 9 de marzo de 1830 del *Hernani* —de Victor Hugo—, y su resonante prólogo, manifiesto de 1835 contra la «imbécil hipocresía burguesa» —en *Mademoiselle de Maupin*— con declaraciones tales como «todo lo útil es feo») hasta su nombramiento como bibliotecario personal de la princesa Matilde Bonaparte, hermana de Napoleón III. Lo que no le abandonó nunca fue una vida llena de agobios económicos y de los avatares de una azorosa existencia.

Hijo de un funcionario con destino en Tarbes, la localidad pirenaica cuyos caminos conducen a esa España que tanto le subyugaría, ya a los tres años lo hallamos en París, adonde se traslada su familia. En el instituto tiene como condiscípulo a Gérard de Nerval, el mágico poeta y narrador cuya amistad perduraría hasta la trágica muerte de este en 1855 y comparte con él su gusto por lo fantástico y siniestro a la manera de Hoffmann. Sin embargo, en un principio se había inclinado por la pintura, había sido alumno del pintor Rioult, frecuentado los talleres de los artistas y

sentido una extraordinaria devoción por Delacroix, cuya paleta le fascina. Esta devoción no le abandonará nunca y se reflejará en el colorismo de sus escritos y en su teoría de la «transposición del arte».

En 1829 conoce a Victor Hugo, lo que decide su entrega a la poesía, asiste al mencionado estreno de *Hernani* y forma parte de los cenáculos literarios que florecen a partir de la Revolución de Julio de 1830. Francia vive en pleno Romanticismo. Gautier participa en cuerpo y alma: bohemia, dandysmo, amores, experimentación de «paraísos artificiales» y una gran actividad literaria que ya no le abandonará en lo sucesivo: la poesía, la crítica literaria, la novela, el relato fantástico, el libro de viajes.

La publicación en 1833 de *Les Jeunes-France*, en que retrata con un humor lleno de graciosa fantasía, el mundo de la bohemia, de la que se aparta (aunque jamás del todo), indica su paulatina ruptura con el Romanticismo puro para aportar a las letras francesas una serie de innovaciones que lo convierten en guía y heraldo de las nuevas estéticas. Refiriéndose a él, años más tarde dirá nuestra Pardo Bazán que «en la plenitud de su talento se erigió en jefe de la escuela cismática del arte». El aludido prólogo a *Mademoiselle de Maupin* difundió la nueva doctrina de «el arte por el arte», que ya había sido introducida en Francia por Victor Cousin en el campo de la filosofía en la segunda década del siglo XIX.

En 1836 Gautier publica *La muerte enamorada*, relato vampírico, y, al decir de Baudelaire, su obra maestra. En ella anticipa el «satanismo» refinado del Decadentismo Fin-de-Siècle. Además el texto practica ya lo que, más adelante, los Goncourt llamarán «escritura artista», escritura que caracterizará a parnasianos, simbolistas y decadentistas. Es precisamente Gautier con los famosos versos de su breve composición «L'art», que abre su colección de poemas *Enaux et Camées*, quien en 1852 consagra el parnasianismo. Baudelaire lo sabe y le dedicará sus *Flores del mal* con

las siguientes palabras: «Al poeta impecable, al perfecto mago de las letras francesas, a mi muy querido y muy venerado maestro y amigo Théophile Gautier». Y es Gautier, a su vez, quien en 1868 redactará la extraordinaria «Notice» para la edición póstuma de *Las flores del mal*, que contiene la bellísima descripción del concepto «decadencia» como época y estilo.

Diez años antes, el innovador escritor, con *Le roman de la momie*, se adelanta a la aparición de la novela arqueológica, que sustituye en la época positivista a la novela histórica romántica, y cuyo máximo exponente será la *Salambó* (*Salammbô*) de Flaubert.

En 1863 su novela burlesca y barroca, *Le capitaine Fracasse*, obra por la que es más recordado como narrador, nos muestra otra faceta de la múltiple creatividad del escritor y finalmente, están sus relatos de viaje, que responden a su obsesión por «reunir algún dinero y partir». Gautier es ciertamente romántico por la predilección por España que había despertado en él la lectura de los *Contes d'Espagne*, de Alfred de Musset y *Les orientales*, de Victor Hugo; es clásico por Italia, siguiendo a Goethe y a Stendhal. Pero, sin dejar de ser apasionado, su mirada exacta olvida su yo: «soy un hombre —escribe— para quien existe el mundo exterior» y con una precisión inigualable practica el culto a la realidad pura; así van surgiendo sus espléndidos libros, *Viaje por España* y *Viaje a Italia*, sus recuerdos e impresiones de Argelia, de Constantinopla, de Egipto (excursión en parte fallida por los acontecimientos de 1848). La «nostalgia del azur», su pasión por el Mediterráneo lo subyuga. Pero bruscamente siente el «vértigo del Norte», la atracción de lo desconocido y lejano, y en el invierno de 1858 a 1859 emprende viaje a Rusia. Curiosamente en esas mismas fechas también, aunque por razones diferentes, Alejandro Dumas sale para el exótico país. El autor de *Los tres mosqueteros* lo hace antes y llega hasta el Cáucaso. Coinciden ambos en San Petersburgo y Moscú pero no se encuentran.

Darán a la luz sendos relatos paralelos pero bien distintos. Además, Gautier, tras una no fácil readaptación a la vida parisiense, según confiesa, y llevado por un irresistible deseo de volver al país de los zares, regresa a él. Esta segunda vez, en verano. El resultado es un relato en dos partes: «El invierno en Rusia» y «El verano en Rusia», que se agrupan bajo el título de *Viaje por Rusia*.

El autor califica su libro de *esquisses de voyage*, es decir «apuntes» o «esbozos» de viaje, poniendo así de manifiesto más que una visión pintoresca, una visión pictórica, colorista, plástica, como no podía ser menos en un primer parnassiano y enamorado de Delacroix. Gautier anota con precisión impecable, por emplear la expresión de Baudelaire, cuanto se presenta a su retina; practica el culto a la realidad pura, lo que dará lugar a nuevos modelos de descripción. En pos de este objetivo está, sin duda, ese constante (y, a veces, desconcertante) uso del «nosotros», que no es el plural de modestia (nada más lejos de él) ni el académico, sino la renuncia al «yo» sentimental y romántico. El *Voyage en Russie* salió en 1867 en dos tomos publicados por la prestigiosa editorial Charpentier, de París. El primero es un relato que lleva al viajero a través de Alemania (Berlín, Hamburgo, Schleswig y Lübeck) hasta San Petersburgo en pleno invierno, lo que da lugar a brillantes descripciones. El segundo, es el viaje desde la nueva capital imperial a la antigua capital imperial, Moscú. Es aquí donde tomamos el texto para, tras el regreso del poeta a Francia, encontrarlo en su viaje de Tver a Nizhni-Nóvgorod por el Volga. Ahora es «el verano en Rusia». De tal contraste es de donde surge el exótico encanto de estas hermosas páginas.

ROBERTO MANSBERGER AMORÓS

Nota.— Se ha considerado necesario aclarar en notas al final algunas referencias poco comprensibles para el lector español de hoy. (R. M. A.)

I. El invierno en Rusia

Moscú

Apuntes de viaje

Aunque la vida en San Petersburgo resultaba agradable, nos espoleaba el deseo de ver la verdadera capital rusa, la gran ciudad moscovita, empresa que el ferrocarril hacía fácil.

Estábamos lo bastante aclimatados como para no temer un viaje a veinte grados bajo cero. Habiéndose presentado la ocasión de ir a Moscú en agradable compañía, nos dispusimos afrontar su blanco manto de hielo y nos endosamos la típica ropa de invierno: pelliza de visón, gorro de piel de castor, botas forradas que subían por encima de las rodillas. Un trineo se hizo cargo de nuestro equipaje, otro recibió a nuestra persona debidamente empaquetada y pronto estábamos en la inmensa estación a la espera de la salida del tren, la cual estaba señalada a las doce del día; pero los ferrocarriles rusos no alardean como los nuestros de puntualidad cronométrica. Si algún personaje importante debe formar parte del tren, la locomotora modera su impaciencia algunos minutos, un cuarto de hora si hace falta, para que le dé tiempo a llegar. A los viajeros los acompañan familiares y amigos; y la separación, cuando suena la última campanada, no tiene lugar sin antes un montón de apretones de mano, abrazos y palabras tiernas, a menudo entrecortadas por las lágrimas.

Incluso a veces todo el grupo saca billetes, sube al vagón y acompaña al que se va hasta la próxima estación, para volver en el primer convoy.

Nos gusta esta costumbre y la encontramos conmovedora; se quiere disfrutar un poco más del objeto querido y se retrasa lo más posible el doloroso momento de la separación. Un pintor observaría en esta circunstancia, en los rostros de los mujiks, poco agraciados por cierto, expresiones de una simplicidad patética. Madres, mujeres, cuyos hijos o maridos se iban tal vez por mucho tiempo, recordaban con su dolor sencillo y profundo, a las santas mujeres de ojos enrojecidos y labios fruncidos conteniendo el llanto que los artistas de la Edad Media colocaban en los viacrucis. Hemos visto en diversos países no pocos patios de postas, no pocos muelles de embarque, no pocas estaciones de tren, pero en ningún sitio despedidas tan tiernas y tan desoladas como en Rusia.

El acondicionamiento de un tren en un país donde el termómetro desciende en invierno más de una vez hasta los treinta o treinta y dos grados Réaumur por debajo del cero, no puede ser igual al de climas templados. El agua caliente de los manguitos de latón que se emplean en Francia se congelaría enseguida bajo los pies de los viajeros, quienes tendrían por estufillas un bloque de hielo. El aire, colándose a través de los intersticios de las portezuelas y de las ventanillas, introduciría gripes, pleuresías y catarros. Varios vagones soldados juntamente y que se comunican por puertas que se abren y cierran a voluntad del viajero, forman una especie de departamento precedido de una antecámara con *water-closet* y cuarto de aseo en donde se amontonan los equipajes pequeños; esta antecámara da a una plataforma rodeada por una barandilla, a la que se accede por una escalera, más cómoda, sin duda, que los estribos de nuestros vagones.

Estufas atiborradas de leña calientan el compartimento y lo mantienen a una temperatura entre quince y dieciséis grados. Burletes de fieltro en las juntas de las ventanillas impiden cualquier intromisión de aire frío y concentran el calor interior. Así que un viaje de San Petersburgo a Moscú,

en el mes de enero y con un clima cuya sola enunciación produciría un escalofrío a un parisiense y le haría castañear los dientes no tiene nada de árticamente glacial. Se pasaría peor haciendo el trayecto de Burgos a Valladolid en la misma época del año.

Alrededor del primer coche reinaba un amplio diván para uso y disfrute de los dormilones y de las personas que no temen cruzar las piernas a la manera oriental. Nosotros lo preferimos a las butacas provistas de orejeras acolchadas de la segunda sección del vagón y nos instalamos confortablemente en un rincón. Colocados de este modo, nos parecía habitar en una casa con ruedas y no sufrir las molestias de un coche.

Podíamos levantarnos, circular de una parte a otra, con esa dosis de libre albedrío de que dispone el pasajero de un barco y de que está privado el infeliz encajado en una diligencia, una silla de postas o el vagón tal como se sigue fabricando en Francia.

Una vez reservado nuestro asiento e indicado con una bolsa de viaje, como no se salía todavía y paseábamos cerca de las vías, llamó nuestra atención la chimenea de la locomotora. Aparecía coronada por un embudo que recordaba a esas chimeneas venecianas acampanadas, cuyas siluetas sobresalen de modo tan pintoresco por encima de las paredes rosas de los paisajes de Canaletto.

Las locomotoras rusas no se alimentan como las nuestras y las de los países occidentales con carbón mineral, sino con leña. Troncos de abedul o de abeto se apilan simétricamente en el ténder y se van renovando en las estaciones provistas de depósitos. Lo que hace decir a los campesinos viejos que, al paso que va, pronto habría que arrancar en la Santa Rusia los maderos de las isbas para calentar las estufas; pero antes de que los bosques sean talados, por lo menos aquellos que no están a demasiada distancia de las líneas férreas, los sondeos de los ingenieros habrán

descubierto mineros de antracita o de hulla. Este suelo virgen debe esconder inagotables riquezas.

Por fin, ya hemos salido. A nuestra derecha, en la antigua carretera de tierra, queda atrás el arco de triunfo de Moscú con su orgullosa y grandiosa silueta, y vemos huir las últimas casas de la ciudad cada vez más diseminadas, con sus vallas de tablas, sus paredes de madera pintada según la antigua moda rusa y sus tejados verdes cubiertos de nieve; pues a medida que nos alejamos del centro, los edificios, que en los barrios más hermosos adoptan el estilo de Berlín, París o Londres, recuperan su carácter nacional. San Petersburgo empieza a desaparecer, pero la cúpula de oro de San Isaac, la aguja del Almirantazgo, los piramidiones de la iglesia de la Guardia Noble, los domos de un azul noche estrellada y los campanarios de cobre en forma de bulbos, brillan todavía en el horizonte y causan el efecto de una corona bizantina puesta sobre un cojín de brocado de plata. Las casas de los hombres parecen hundirse en tierra; las casas de Dios proyectarse hacia el cielo.

Mientras mirábamos, en el cristal de la portezuela se iban dibujando a consecuencia del contraste entre el aire frío del exterior y el calor del interior ligeras arborescencias color mercurio, que no tardaron en entrecruzar sus ramificaciones formando grandes hojas a modo de mágico bosque hasta tapar de tal modo la ventanilla que impedía totalmente ver el paisaje. Ciertamente, nada tan bonito como estos arabescos y estas filigranas de hielo tan delicadamente trazados por la mano del Invierno.

Es uno de los encantos poéticos del Norte y la imaginación puede descubrir en ellos espejismos hiperbóreos. Con todo, después de contemplarlos una hora, acaba uno por impacientarse con ese velo de encaje blanco que impide tanto ver como ser visto. La curiosidad se irrita al sentir pasar al otro lado de ese cristal esmerilado todo un mundo de aspectos desconocidos que, tal vez, no volverá nunca más, a pasar ante nuestros ojos. En Francia habríamos bajado,

sin problema, la ventanilla, pero en Rusia habría sido una imprudencia quizás mortal: el frío, que siempre está al acecho de su presa, habría alargado en el vagón su monstruosa pata de oso polar golpeándonos con su garra. Al aire libre se puede luchar con él como con un enemigo feroz, pero, sin embargo, leal y generoso dentro de su rudeza; pero no se os ocurra dejarlo entrar en casa: no le abráis ni la puerta ni la ventana; porque, entonces, entabla con el calor un combate a muerte; lo asaeta con sus flechas heladas y si recibís una en un costado, os costará muchísimo curaros.

Había, no obstante, que tomar partido, pues habría sido bien triste hacerse transportar de San Petersburgo a Moscú en una caja donde se recortaba un cuadrado de una blanca lechosa que no permitía adivinar nada del exterior. No tenemos, a Dios gracias, el temperamento de aquel inglés que se hizo llevar con una venda en los ojos desde Londres hasta Constantinopla y que no le quitaron hasta la entrada en el Cuerno de Oro, con tal de gozar bruscamente y sin transición aminorada de aquel espléndido panorama sin rival en el mundo. Así que encasquetándonos el gorro de piel hasta las cejas, subiéndonos el cuello de la pelliza y ciñéndonosla al cuerpo, poniéndonos unos guantes que solo tenían el pulgar articulado, con las botas hasta medio muslo —vestido como un auténtico samoyedo^[1]— nos dirigimos llenos de valor a la plataforma que precedía a la antecámara del vagón. Un veterano, con capote militar, estaba allí vigilando la marcha del convoy y no parecía sentir en absoluto la temperatura. Una pequeña gratificación de un rublo de plata, que no pidió, pero que tampoco rechazó, hizo que amablemente se girase hacia otro punto del horizonte, en tanto que encendíamos un excelente cigarro adquirido en el establecimiento de Eliseiev y sacado de una de esas cajas de cristal que permiten ver la mercancía sin necesidad de romper el precinto sellado por el fisco.

Pronto nos vimos obligados a tirar aquel puro habano *de la vuelta de Abajo*^[2] pues si por uno de sus extremos ardía, por el otro estaba congelado. Un conglomerado de hielo se soldaba a los labios, en donde una fina película helada se quedaba adherida cada vez que nos quitábamos el cigarro de la boca. Fumar al aire libre con veinte grados bajo cero es una misión casi imposible y no cuesta mucho atenerse al ucuse que prohíbe, fuera, la pipa y el puro. Además el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos era lo bastante interesante como para compensarnos por esta pequeña privación.

Hasta donde la vista alcanzaba, la nieve cubría la tierra con su frío manto dejando que se adivinase, a través de sus pliegues blancos, la imprecisa forma de los objetos, algo así como el sudario que oculta al cadáver de la vista de la gente. No había ya ni carreteras, ni caminos, ni ríos, ni señales de ningún tipo. Nada más que bultos y tramos planos poco apreciables en la blancura general.

El lecho helado de los ríos solo se distinguía por una especie de valle que serpenteaba a través de la nieve y a menudo tapado por ella. De trecho en trecho bosquecillos de abedules rojizos, medio sepultados, emergían y mostraban sus calvas cabezas. De algunas chozas, hechas de troncos y cargadas de carámbanos, se alzaba el humo de sus chimeneas y parecían manchas oscuras en medio de la palidez de aquella sabana sombría. A lo largo de la vía se dibujaban hileras de maleza plantadas unas detrás de otras y destinadas a parar en su carrera horizontal el polvo blanco y gélido que transporta con ímpetu terrible el viento barrenieves, ese jamsín^[3] del Polo. Es difícil imaginarse la grandeza extraña y triste de este inmenso paisaje blanco, que ofrece el aspecto que presenta la luna llena vista al telescopio. Parece como si se estuviese en un planeta muerto y preso para siempre en el frío eterno. La imaginación se niega a creer que ese prodigioso amontonamiento de nieve se fundirá,

se evaporará o se dirigirá al mar con las olas crecidas de los ríos, y que un día de primavera hará verdes y floridas estas llanuras sin color. El cielo, bajo, cubierto, de un gris uniforme al que la blancura de la tierra hacía parecer amarillo, añadía melancolía al paisaje. Un silencio profundo únicamente turbado por el estruendo del tren sobre los raíles reinaba en la soledad del campo pues la nieve amortigua todos los ruidos con su alfombra de armiño.

No se veía a nadie en toda la extensión abierta; ni la menor traza de hombre ni de animal. El hombre, acurrucado al calor de los leños de su isba; el animal, en el fondo de su guarida. Solamente al aproximarse a las estaciones surgían de entre los repliegues de la nieve trineos y kibitkas al galope de sus pequeños caballos desmelenados corriendo a través de los campos, indiferentes a los caminos borrados y procedentes de alguna aldea invisible, saliendo al encuentro de los viajeros. En nuestro compartimento había algunos jóvenes aristócratas que iban de caza y vestidos para la ocasión con bonitos tulupes nuevos de un tono salmón claro y con bordados que formaban graciosos arabescos. El tulup es una especie de caftán de piel de borrego con el pelo hacia dentro como todas las pieles en los países verdaderamente fríos. Un botón lo sujeta al hombro, y un cinturón de cuero con chapas al talle. Añadid a esto un gorro de astracán, botas de fieltro blanco, un cuchillo de caza al cinto, y obtendréis un atuendo de una elegancia completamente asiática; si bien es así como se visten los mujiks, los *barines*^[4] no vacilan en hacerlo también cuando lo exigen las circunstancias pues nada hay de más cómodo y que mejor se adapte al clima. Además, la diferencia entre estos tulupes limpios, suaves, gamuzados como la piel de un guante y el tulup del mujik manchado, grasiento, brillante por el roce es lo suficientemente grande como para que la confusión no sea posible. Estos bosques de abedules y de abetos que se perciben en el horizonte, donde trazan líneas oscuras, albergan lobos, osos, y, a veces, según dicen, al-

ces, salvaje y feroz venado del norte, cuya caza no está exenta de peligro y exige auténticos Nemrodes ágiles, robustos y valientes.

Una troika, trineo arrastrado por tres soberbios caballos, esperaba a aquellos jóvenes señores en una de las estaciones y los vimos desaparecer por el interior del territorio, con una rapidez que nada tenía que envidiar a la de la locomotora, por un camino oculto bajo la nieve pero indicado de trecho en trecho por medio de estacas que servían de mojones. A la velocidad que iban, no tardamos en perderlos de vista. Seguramente se reunirían en un castillo, cuyo nombre ignoramos, con otros compañeros de cacería y se las prometerían mucho más felices que esos ingenuos de las fábulas de La Fontaine que venden la piel del oso antes de haberlo matado. Ellos contaban con matarlo y hacer de su piel una de esas alfombras de bordes escarlatas y cabeza disecada, en la que siempre tropiezan los viajeros novatos en los salones de San Petersburgo. Por su aspecto tranquilamente decidido, estamos seguros de sus proezas cinegéticas.

No mencionaremos estación por estación las localidades por las que pasa el ferrocarril: no aportaría gran cosa a nuestros lectores que les dijésemos que el tren se para en tal y tal sitio, cuyo nombre no despertaría en ellos la menor idea, ni el menor recuerdo, tanto más cuanto que esas ciudades o burgos, de poca importancia en su mayoría, a veces están bastante lejos del ferrocarril y solo revelan su presencia los bulbos verdes y las cúpulas de cobre de sus iglesias. Pues la vía férrea entre San Petersburgo y Moscú discurre inflexiblemente en línea recta sin que nada la haga variar bajo ningún pretexto; no se digna torcer o hacer un recodo en Tver, la ciudad más importante que encuentra en su recorrido, y de donde salen los barcos de vapor del Volga; así que pasa orgullosamente a cierta distancia y para llegar a la ciudad hay que ir en trineo o en *droschki*^[5] según la época del año.